

*Lol*


---

 José Félix León

Se llamó Lol V. Stein. Fue rubia, actriz y bailarina.

Su historia, distinta en cada cuento, era al final la misma: un aroma, el perfume que se evapora en la memoria. Lo confirmaba la relación modificable que establecía con la realidad, la figuración de cada sueño, los dibujos innumerables y geométricos que encontraba sobre la mesa de noche al día siguiente de sus largas caminatas.

Su historia, signada por el deslumbramiento, traería una nueva noción de peligro. El peligro del pozo, como decía ella, algo tan horrible que el mismo autor no se atrevió a describir. El péndulo cada vez más próximo. La anulación del pozo. El rostro que el péndulo habría cercenado.

Él la vio bailar —la vi bailar, repetiría después para convencerse— en una función única en el Teatro Mella. La obra duraba cinco minutos. En el centro del escenario aparecía una silla y ella, Lol, estaría todo el tiempo sentada. Él supo que la trayectoria exterior de sus miembros estaba conectada a algo íntimo, a otra trayectoria asfixiante y medular. Ella nunca habría leído la novela de Marguerite Duras, apenas unas referencias del coreógrafo al montar la obra. Más tarde él la buscó y la releyó para comprender que la verdadera Lol, la auténtica, había dejado de ser una creación de Marguerite. Desde ese instante Lol sería ella.

Pero eso sucedió más tarde. Sucedió cuando descubrió que la relación que se había establecido entre ellos era una relación fundada sobre los principios del entendimiento. Una relación absolutamente racional.

Entonces sólo atinaba a huir por la calle Línea sin escuchar otra cosa que el sonido de su nombre: Lol, Lol. La siguió por todos los teatros de la ciudad. El arrebato del personaje en escena, una mujer sobre una silla, pasó a ser el suyo propio.

Un amigo le contó que Lol era la mejor bailarina de la compañía, que estaba casada con un director de cine, que viajaba constantemente y que vivía en la calle Trocadero, a dos cuerdas de la casa de Lezama. También le advirtió que sería inútil acercarse, un desperdicio. Lol había decidido vivir más allá de la civilización, cortó el cable, dijo muy serio. Los hilos que la movían no tenían extremo conocido, no iba sujeta a nada. Sus movimientos inconexos y su languidez, dentro y fuera del escenario, sólo tuvieron la virtud de exacerbar el

deseo del encuentro, un encuentro que jamás se produciría en lo que hasta entonces había llamado vida real.

Tomé la determinación de no aferrarme a nada. Quería suplir la sensación de vacío y me llené de aditamentos emocionales, de tics, trucos que me hacían sentir vivo. Era un ser totalmente barroco, cubierto de miles de capas que ocultaban el centro: la nada, la mutilación. Entonces concebir a Lol fuera de las tablas fue un acto trascendente. El péndulo, en secreto, había iniciado su sinuoso movimiento.

Junto al pozo, en un momento de calma, él anotaría en su diario que había llovido. Que la esperó sentado en el banco de un parque —un escenario que confirma la banalidad de sus historias— mientras miraba la hierba de septiembre y pensaba en lo estruendoso de todos sus proyectos.

Lol llevaba un vestido de tela india y botas militares. Él se preguntó si aquella sensación, algo como un aturdimiento de los sentidos, se mantendría inmutable. Lol lo miró con una vaga expresión de curiosidad y él comenzó a olvidarlo todo.

Olvidó cómo se había presentado, me llamo Alejandro, soy estudiante de arquitectura, te vi bailar y estoy enamorado. Olvidó la sonrisa de ella, la mirada detenida en su pecho, en los músculos apenas cubiertos por un pulóver Benetton, la voz: me gustan los colores vivos, Alejandro es un nombre bonito, de conquistador. Olvidó cómo habían llegado hasta el bar donde ahora ella se reía de un chiste que él acababa de hacer y ya había olvidado.

Envuelta en el humo de los cigarrillos que fumaba constantemente, Lol, la imagen de Lol, llegó a desconcertarlo. Se reía como una loca, perdona el arrebato, y lo observaba conversar, mover los labios, llevarse la mano al mentón en un gesto nervioso que me encanta, le diría más tarde.

Era lógico un pensamiento mesurado. El universo, razonaría bajo el arco del péndulo, no es un ente «impresionable». La impresión engaña, debilita la voluntad, produce náuseas. En una esquina del cuarto donde llevaba meses viviendo estaba el sillón forrado de gamuza púrpura. Un sillón donde a veces le parecía ver las manchas de sangre de Agamenón, la púrpura mancillada por el pie de un mortal. Lol fumaba sentada sobre la sustancia de los dioses. ¿Cuál sería el castigo en este caso?

Le puso en la mano un vaso de agua y dos aspirinas. Estoy mejor, diría ella, estoy muy bien. Se mantendrían unidos por una misma clase de hilos invisibles, hilos que siempre partirían del cuerpo de ella. La balanza alternaba con el peso de uno y del otro. Lol no mostró premura por regresar a ningún sitio, no la mostraría jamás. A veces, yo también me apasiono, dijo con el vaso en alto. Él respondió, mientras se desnudaba, con un breve movimiento de cabeza. Lol continuaba hablando. Más tarde interpretaría su extraño sentido de no pertenencia: así son todas las cosas benditas e inasibles. Su mano, a veces, se detenía en el aire. El gesto, la precisión del gesto, lo desconcertaba. Asistiría a una función única. Estás bailando para mí, eres mi personaje.

La búsqueda sería siempre ciega, en silencio. Fue trayendo hasta mí todos sus atributos vivos y yo los escogía al azar, con una manía egocéntrica de disfrutar lo

mínimo, lo que a los demás, incluyéndola a ella, les parece ínfimo y despreciable. Muy tarde, a las cuatro de la madrugada, bebieron el último trago y se acostaron a dormir. La cama olía como él. A ropa limpia. A sol. A mazapán. Siempre sería de ese modo, dormirían tendidos uno junto al otro sin tocarse. Luego él tendría pesadillas toda la semana. Alejandro, Alejandro, dijo Lol y se durmió.

En los próximos días —meses, ¿qué importancia tiene el marco temporal?— ella lo llamaría al alquiler y se verían casi a diario. Nunca hablaron de sus asuntos personales. La vida privada no existe. Se debatían en la madeja que habían trenzado sin querer, algo como un leve estremecimiento de conciencia.

Lol era *fauvista*. Sus percepciones eran vastas: colores fuertes y precisos, trazos apresurados. Su visión, tenebrosa. Había vencido el peligro de «ver». De cerca distinguía el esplendor, la cavidad vasta y misteriosa en que me había sumergido. No era distinta sino parte de ella misma, nula, neutra como su desnudez. Mis estados depresivos, como mi alegría, siempre han sido infranqueables.

¿Por qué me sentía agotado? ¿Por qué Lol me transmitía un agotamiento físico ancestral con sólo verla? El amor es descender, llegar al fuego. Yo no conocía ese descenso. Soplaban los extraños aires de la resignación. Yo me resignaba de mí mismo, del hueco que significaban las tardes sin sentido en que esperaba el final de sus ensayos. De la simplicidad con que afrontaba las más terribles situaciones. De la ley humana que me hacía llevar un disfraz humano. Lol no tenía disfraz. Su humanidad incierta contendía con mi amor.

Una de las últimas tardes que se vieron —y aquí viene el suceso más importante del relato— Lol le confesó algo y él quedó absolutamente desarmado. Su cuerpo se apartó y dejó de actuar como pantalla. A sus pies se abría el pozo y pudo ver, pudo contemplar aquello que el escritor no había tenido el valor de describir en su relato. Luego la mató, sentía todo el derecho de eliminar un personaje que él mismo había construido. Sentados en una de las mesas más próximas a la acera, en un restaurante de la calle Paseo, mientras se tocan los pies suavemente, ella aparta el velo y el deslumbramiento repentinamente cesa. La visión le reveló todos los horrores, sus palabras lo anularon.

Tampoco yo puedo, aun después de tanto tiempo, repetir la frase que escuché entonces. En Siria, en una de las noches de Damasco, cuando ya ha muerto y dejado de ser Lol, ella sueña con el hombre que no pudo encontrar en Alejandro. Trata de escapar de la imagen de sí misma que aparece en aquel sueño, pero está atada a ella para siempre. Mientras la Compañía se presenta en varias ciudades, ella se siente repentinamente enferma. Pasa semanas descansando en una pensión barata, fascinada por unas botellitas de vidrio rellenas con arena de distintos colores. La arena forma capas, los colores se alternan. Ella las mira.

Compra decenas. Un día comienza a fabricarlas. Esa será su manera de escapar de la imagen que ha creado de sí misma en el sueño. Luego volverá a bailar y olvidará las botellas y la arena coloreada. Nadie lo sabrá, pero algo en ella se habrá roto. Se habrá desgarrado.

Alejandro la miró sin comprender. Cerró los ojos, la miró desde sus ojos cerrados. Ella no estaba: los abrió. Ésta, pensó, es la llave del reino. No mostró

perplejidad, nunca se había sentido perplejo. Vio los dibujos de Lol en su cuaderno de notas, no dijo nada. Los contornos, los bosques, eran difusos. *Los ceniceros están vacíos. La habitación está intacta. Larga ha sido la vuelta de los pájaros.*

Comieron vegetales y langosta, una comida que él olvidaría de inmediato. Bebieron demasiado y, al final, Lol insistió en pagar la cuenta. Él no se opuso. En el alquiler, mientras ella lloraba en el sillón de gamuza roja por alguna causa desconocida, la desnudó —él mismo se habría desnudado— y le mostró la carga de desprecio que su frase le había provocado. Todo el dolor. Lol separó los labios y el gesto quedó suspendido por un instante entre los dos. Era un gesto de desespero, una llamada de socorro. Él miraba desde arriba el dibujo que formaba el extremo de la sobrecama al rozar el piso de granito. Es como si lo hicieras por primera vez, el gesto se cambió en palabras. Lol hablaba. Pedía más, las obscenidades eran el campo de su amor. Y él volvió a ver el pozo.

El territorio del acto fue patético. Ninguno de los dos se sentía obligado a demostrar nada. Habían deseado lo que no se ve. Lo que, con la frase, ella había expuesto de manera brusca. Él contenía la tragedia de su exposición. La ruina era dar libertad a la sensación, a los gestos nacidos de las percepciones más intensas. Al final no durmieron separados. Lol hasta en sueños le acarició el pecho rubio y vasto, con una urgencia detentada por el vacío de su historia —una historia sin conflicto— donde asomaba el arco afilado del péndulo: mecanismo del dolor.

Al día siguiente él no estaría en casa, ni al otro. Luego se mudaría de alquiler y ella dejaría de buscarlo. El arrebató del personaje habría terminado. Él ni siquiera recordaría que alguna vez había visto en el Teatro Mella una obra de danza contemporánea llamada «Lol», ni que había conocido a la bailarina que confundiría con el personaje, ni que el personaje había dejado de ser de la Duras para pasar a sus dominios.

Una mujer joven que, aún hoy, camina por la calle Línea, o pasa las tardes sentada en el banco de un parque en la ciudad.